

el derecho de votar, lo obtuvieron también los obreros alemanes y franceses, y con mayor amplitud que los ingleses, á pesar de que se condujeron revolucionariamente y no hicieron ninguna concesión á la burguesía liberal.

Los ingleses son las gentes menos dispuestas á dejarse influir por simples «declamaciones revolucionarias». Por otra parte, la burguesía inglesa, en la época de la propaganda en favor del libre-cambio, no podía asustarse por las palabras y la propaganda de los cartistas con tanta más razón cuanto que aquellas «declaraciones revolucionarias» podían compararse ventajosamente con las suyas. Lo que indispuso á los burgueses contra los cartistas, fué que los cartistas hicieron su propaganda y se organizaron independientemente y en oposición con los librecambistas. Y no se lo perdonaron á los cartistas, como los progresistas prusianos tampoco perdonaron el mismo crimen cometido por Lassalle, aunque éste no se condujo revolucionariamente.

Por esta singular oposición de dos cosas que no contrastan lo más mínimo—las declaraciones revolucionarias y la alianza con la burguesía radical—, puede verse claramente que Berustein reprueba aquellas declaraciones revolucionarias principalmente para hacer posible la alianza con los radicales.

Pero esta alianza es posible bajo dos formas: 1.<sup>a</sup>, como cooperación momentánea y con un objeto determinado del proletariado organizado en un partido autónomo con partidos burgueses, táctica que el *Manifiesto comunista* declara ya indispensable en ciertos casos; 2.<sup>a</sup>, como extensión del partido proletario en un gran partido po-

pular que comprenda todos los elementos democráticos, como el que se formó en Inglaterra cuando el cartismo dejó de ser movimiento contrario á la evolución política en el continente; tal como lo reclaman desde hace poco tiempo los reformistas de nuestro partido.

¿Cuáles son los argumentos en favor de esta extensión? La esperanza de que semejante gran partido democrático puede obtener la mayoría mucho más pronto que el proletariado aislado; que al renunciar al espectro rojo y á otros procedimientos revolucionarios, se hará antes más apto para gobernar, y que así estará el proletariado más pronto en disposición de adquirir no el Poder, sino la influencia. Sin duda no podrá el proletariado por este procedimiento obtener plena satisfacción, que debe ser menos exigente y tener consideración á sus compañeros de lucha; pero no vale más un toma que dos te daré, y no hay peor máxima que «todo ó nada». Si no queremos transformar nuestro partido de asalariados en un partido que abrace las masas populares, nos condenamos á la impotencia por tiempo indefinido, y á una oposición absolutamente estéril.

Esa es la argumentación de la fracción reformista. Olvidan que el Partido Socialista ejerce una acción positiva considerable aun cuando no dispone de ninguna cartera. Sin duda no todo puede obtenerse por el temor, y yo creo que el miedo directo, físico, al Socialismo, no ha producido todavía grandes resultados. Y sin embargo, vemos que desde hace años ya la orientación de nuestra política interior depende de las reivindicaciones del Partido Socialista. Eso no procede del temor de que el mejor día, si no se le halagase, pudiera romperlo todo

nuestro Partido, sino del temor de que el Partido Socialista, en un momento dado, pudiera agrupar á su alrededor á toda la masa obrera.

El crecimiento en número y en fuerza del proletariado y el aumento de la influencia del Partido Socialista sobre el proletariado, la necesidad de los otros partidos de entrar en concurrencia con el nuestro, so pena de que se les escape tan poderoso apoyo, he ahí los factores que obligan á los partidos burgueses democráticos á hacer reformas sociales, factores que han producido ese cambio de la prensa, que, según Bernstein, demuestra la buena voluntad de la burguesía alemana.

Tan grande es la influencia del Partido Socialista, mucho antes de estar en condiciones de llegar al Poder, que los partidos burgueses democráticos deben reformarse, deben adoptar por lo menos algunas de las reivindicaciones de nuestro Partido, si no quieren que se les escape la clase obrera, la clase de más fuerza en la nación.

Si, pues, el Partido Socialista resulta el verdadero partido de clase del proletariado militante, no por ello renuncia á toda influencia política. Si quisiera, por el contrario, regular su programa y su táctica de modo que pudiera sumarse con otras clases y tomar parte en sus luchas de clase, paralizaría sus fuerzas combatientes y con su homogeneidad pudiera también ser unidad.

Este sacrificio no le serviría para nada: como partido democrático seguiría siendo un partido en que el proletariado daría el *tono*; pues las demás clases no se someten á la dirección proletaria. Un partido de concentración democrática no es posible sino bajo la dirección burguesa. Cuando un

partido que abraza todos los elementos de la democracia no es posible bajo semejante dirección —y en todas partes está semejante partido en decadencia—con mayor razón es imposible que se constituya bajo la dirección del proletariado.

¿Cuáles son las otras clases de la democracia que podemos considerar después del proletariado? Los pequeños burgueses, los aldeanos, los intelectuales. Desde hoy quedan ampliamente abiertas las puertas del Partido á cualquier miembro de aquellas clases que se sienta proletario y quiera tomar parte en la lucha de clase del proletariado. Pero, ¿cómo quieren mejorar su situación los pequeños burgueses y los pequeños agricultores que no adoptan aquella actitud respecto del proletariado? Cesando ante todo de ser pequeños explotadores para convertirse en grandes explotadores, capitalistas, grandes agricultores, y para poder explotar á sus obreros sin trabas de ninguna clase. Cuanto más abajo de la escala social se encuentre el explotador, más profundamente le afecta toda reforma. El proletariado puede aliarse momentáneamente á aquellas fracciones para conseguir ciertos objetos políticos y obtener ciertas reformas administrativas. Pero no debe cooperar con ellas en una organización duradera.

¿Y los intelectuales? Ciertamente la gran mayoría de ellos no tienen ningún interés en la explotación del asalariado, y pertenece ella misma á la categoría de los explotados. Pero, poco numerosos, les falta la fuerza más aún que el número. Forman la fracción del pueblo menos á propósito para una lucha de clase enérgica, y sea cualquiera el odio que sientan hacia el régimen capitalista, continúan, sin embargo, sometidos. El Partido Socialista tiene ne-

cesidad de intelectuales, de numerosos intelectuales, pero no puede acogerlos en sus filas como no están decididos á quemar sus naves y á emprender sin consideraciones la lucha contra la sociedad burguesa. El que no pueda ó no quiera, que se aparte del movimiento proletario, porque el resultado sería que ó el Partido Socialista le desilusionaría, ó que él haría traición al Partido Socialista.

Precisamente en las filas de los intelectuales es en donde se hacen los votos más ardientes para que se ensanche el Partido Socialista, se convierta en un partido «de todo el mundo», en vez de un partido de clase como es. Los aldeanos y los pequeños burgueses no experimentan gran necesidad.

El libro de Bernstein no aclara suficientemente cuál es su actitud en esta cuestión. Si no se expresa con claridad en este punto, sus argumentos en la cuestión de táctica son tales que pueden utilizarse y se utilizan en favor de la transformación de nuestro Partido en un partido popular. Y por esto es necesario mencionarlos y demostrar que no prueban lo que con ellos se trata de probar.

Aquí debemos una vez más volver al ya citado artículo de Bernstein, artículo que se publicó en el *Vörrwärts* durante la impresión de estas hojas, y en donde exponía su opinión sobre la parte teórica del Programa de Erfurt.

Entre otras cosas, se opone al párrafo del Programa que declara que la transformación de la sociedad *no puede ser* obra sino de la clase obrera. El querría que se dijera, *debe ser en primer término* obra de la clase obrera. O esto no significa otra cosa, ó esto expresa otro pensamiento de una manera muy vaga. Ya hemos hecho notar que aquí se trata de luchas de clases, no de luchas

de individuos. Individuos pertenecientes á las clases más diversas pueden tomar parte en la lucha por la emancipación del proletariado. El Programa de Erfurt no se lo impide á nadie. Pero la cuestión es saber si la lucha de la emancipación del proletariado puede llegar á convertirse en una lucha de intereses particulares de clases no proletarias. A esta cuestión contesta negativamente el Programa de Erfurt, mientras que Bernstein no contesta á ellas. Pero es lógico suponer que quiere preparar el camino á la transformación del Partido Socialista en un partido de concentración democrática, que no quiere que el Partido Socialista tenga el valor de parecer tal como es, sino que se convierta en otro distinto del que fué hasta ahora, y que debiera renunciar al principio fundamental de la Internacional: «La emancipación de la clase obrera sólo puede obtenerse por la misma clase obrera.»

Pero el punto de mira para el Partido Socialista diferirá según que sea un partido proletario ó un partido «de todo el pueblo».

Todo partido debe proponerse la conquista del Poder político para modelar el Estado y hacer que las fuerzas del Estado obren sobre las formas sociales con arreglo á sus miras. Todo partido que tenga vitalidad debe también estar preparado para cuando alcance el Poder; debe, por lo mismo, saber qué uso dará á su fuerza. Debe tener siempre dispuesta la contestación á esta pregunta si quiere desplegar alguna fuerza propagandista. Un partido que desde el comienzo declarara que sólo puede trabajar útilmente en la oposición, que no trata de obtener más que la influencia y no el Poder, semejante partido se inutilizaría con esa declara-

ción y perdería completamente la confianza de las masas populares.

Luego todo partido debe tener un objeto final, no como término de la evolución social (ésta no tiene ni término ni objeto final), sino como fin propuesto á su actividad práctica.

Claro es que un partido popular en el que tengan influencia predominante los intereses de clase de los aldeanos y de los pequeños burgueses, deberá siempre—aunque tenga simpatías por el proletariado—mantenerse en el terreno de la organización social existente, de la propiedad individual, de los medios de producción, de la libertad de la producción individual. No podrá traspasar los límites de la Constitución de 1793, no podrá exceder el principio del liberalismo, no podrá jamás, por más esfuerzos que haga, ser otra cosa que un partido de reformas democrático-socialistas, expresión en que la palabra «socialistas» es sólo una palabra sonora, pero vacía; un recuerdo del «tiempo feliz en que es uno joven y estúpido», ó bien la visión nebulosa de un paraíso en que todo el mundo es libre para soñar que ha de entrar en él, aunque sea dentro de quinientos años. Es una palabra que á nada compromete ya.

El fin de un partido puramente proletario debe ser muy otro. El proletariado no tiene interés en conservar la propiedad individual de los medios de producción. Aun en el caso de que triunfe por las vías pacíficas y legales, aunque esté animado de sus deseos de no trastornar nada y de no separarse de las vías de la «evolución orgánica»; aunque fuera escéptico con relación á las «utopías» socialistas, no se preocupará, en defensa de sus intereses, de conservar la propiedad individual de

los medios de producción y de la propiedad individual.

Por el contrario, un régimen proletario debe siempre perseguir un doble objeto. Por una parte, la *supresión del carácter privado de los grandes monopolios capitalistas*, y por otra, la *supresión de los sin trabajo, ejército de reserva de los industriales*.

Y al hacer esto hierde de muerte la forma de producción capitalista.

Sin los *trusts* monopolizadores y sin los sin trabajo siempre dispuestos á ocupar el puesto de los huelguistas, se haría preponderante la situación del proletariado organizado enfrente del capitalismo.

Cuando éste se lamenta hoy ya del terrorismo proletario, comete un absurdo. Pero el proletariado establecerá forzosamente su dictadura en la fábrica el día en que haya conquistado el poder en el Estado. La situación de los capitalistas, que subsistan después de la socialización de los *cartels* y de los *trusts*, será insostenible; tendrá entonces que soportar los riesgos de su industria sin ser los amos mucho tiempo. Desde este momento, los capitalistas, con un apresuramiento mayor que el de los obreros hoy, reclamarán una socialización ventajosa de sus industrias; derrocharán muchas más fuerzas é inteligencia en resolver este problema por el camino más rápido y menos doloroso, que las que hoy emplean para combatir el movimiento proletario. El proletariado victorioso se verá obligado, aun cuando al principio no lo deseara, á socializar la producción; se verá obligado á ello fatalmente, lógicamente impulsado por sus intereses de clase.

En otros términos, la producción capitalista y el Poder en manos del proletariado son dos cosas incompatibles. Es difícil decir más. No sabemos ni cuándo ni cómo se establecerá esta supremacía del proletariado, si será después de una gran tormenta ó á consecuencia de una serie de catástrofes, ó si se realizará poco á poco y gradualmente. Tampoco sabemos cómo serán entonces la sociedad y el proletariado, porque estos dos factores se modifican sin interrupción; no sabemos cuántas cosas todavía imprevistas se realizarán entonces, ni cómo se dificultarán ó se facilitarán más todavía los problemas del régimen proletario. No podemos más que reconocer la ley fatal que obligará al proletariado victorioso á reemplazar la forma de producción capitalista por la forma de producción socialista.

Si el proletariado se organiza en partido político autónomo, consciente de la lucha de clase que ha de sostener, su fin debe ser la supresión de la propiedad individual de los medios de producción capitalista y la supresión de la forma de producción individual capitalista; no debe considerarse que el Socialismo ha de perfeccionarse, sino que debe vencer al liberalismo; no puede contentarse con ser un partido que se limite á *las reformas democrático-socialista*; debe ser el partido de la *revolución social*.

No se trata aquí, naturalmente, de revolución en el sentido que la policía da á esta palabra, es decir, de sublevación á mano armada. Un partido político sería insensato si se decidiera en principio por el motín, cuando estuvieran á su disposición otros medios más seguros y menos terribles. En este sentido, el Partido Socialista no ha sido jamás,

en principio, revolucionario. Es revolucionario únicamente en el sentido de que es consciente, de que no podrá emplear el Poder político, el día en que lo consiga, sino para destruir la forma de producción sobre la que descansa hoy el orden social. Me avergüenza tener que repetir estos lugares comunes; pero me veo obligado á ello cuando Bernstein aturde los oídos con su polémica contra nuestra táctica, que, según él, sólo está basada en la eventualidad de catástrofes.

En la edición alemana de su libro declara expresamente que «emplea la palabra revolución exclusivamente en el sentido político de la palabra, como sinónimo de revuelta, de apelación ilegal á la violencia.» En la edición francesa ha suprimido este párrafo. Allí habla de la revolución sin definirla. Pero en la edición francesa, lo mismo que en la alemana, declara:

«Es notorio que Marx y Engels han considerado, durante mucho tiempo, este último medio (la violencia por medio de la revolución) como casi inevitable en todas partes, y aun lo es hoy en día para cierto número de fieles de la doctrina marxista. Muchos lo considerarán también como el medio más rápido.»

El Partido Socialista, desde Lassalle, se esfuerza en establecer claramente la diferencia entre la revolución con horcas y azotes y la revolución social, y en demostrar que sólo quiere esta última.

Creímos que podíamos alabarnos de haber hecho conocer esta diferencia aun á los procuradores, y he aquí que hoy uno de nuestros más antiguos, uno de nuestros más eminentes portavoces, cree necesario poner en guardia al Partido Socialista contra sublevaciones irreflexivas.

Si el libro de Bernstein produjese algún efecto, sería el principal el fortificar las ideas confusas que nuestros adversarios propalan contra nuestro Partido, habiendo necesitado dedicar una buena parte de nuestra vida para combatir aquellas ideas.

Cualquiera que conozca la literatura de nuestro Partido, aunque sólo sea superficialmente, comprenderá que *revolución social* y *revuelta* son dos ideas muy diferentes. La revolución social es un objeto que se puede proponer en principio, el motín un medio que no puede juzgarse sino después de haber examinado su oportunidad.

Pero la frase «*revolución política*» es tan sinónimo de motín, como la frase «*revolución social*». El lenguaje—no me refiero al de la policía—designa por revolución política cualquier grande *conmoción política*, que active la vida política y haga latir con más fuerza el corazón de la nación. Esta frase se opone á la de «*contrarrevolución*», sacudimiento que paraliza la actividad política. El motín ó «*empleo ilegal de la violencia*» puede ser un episodio, un episodio muy importante de aquella *conmoción*, pero no es la revolución. La convocatoria muy legal de los Estados generales forma parte de la Revolución, lo mismo que la toma de la Bastilla. Y nadie hablará del gran *motín* francés de 1789. Tampoco se califican revoluciones los motines ó violencias ilegales que no se cometen en la vía pública, por ejemplo, las sublevaciones de los indígenas del Indostán contra agentes ingleses encargados de establecer cordones sanitarios.

Bernstein, «para evitar malas interpretaciones», emplea la palabra revolución precisamente en el sentido en que no se usa hablando de política ó

científicamente, sino en la acepción que le dan los policías y los magistrados, porque en una revolución, lo que les interesa son únicamente los actos que caen bajo la sanción de la ley.

La revolución social—no la entiendo como Bernstein—es el objeto fatal hacia el cual tiende toda organización política autónoma del proletariado. Cualquiera que organice el proletariado como partido político independiente prepara las vías de la revolución social, sea cual fuere su amor por la paz, su placidez y el escepticismo con que mire el porvenir. Y recíprocamente, cualquiera que desee hacer al proletariado independiente de los demás partidos políticos, organizarle como partido autónomo, conseguirá su objeto tanto más pronto cuanto mejor haga entender á la clase obrera la necesidad de la revolución social.

Por otra parte, hemos visto que la política de concentración democrática, la fusión del proletariado en un partido con todas las clases populares, implica la renuncia á la revolución, la obligación de contentarse con algunas reformas sociales.

Por eso la posición que se adopte en la cuestión de la revolución social tiene ya para el presente una alta significación práctica. Es posible que alguien crea inútil el discutir sobre la revolución, y que esto equivalga á vender la piel del oso antes de haberle cazado. Por el momento, se dirá, en el movimiento obrero las dos direcciones tienen prácticamente el mismo objeto, las reformas social-políticas y democráticas. Que trabaje, pues, por aquellas reformas, y no turbemos la unidad del partido con discusiones sobre cosas cuyo desenvolvimiento no puede nadie prever.

Pero se ha visto que la cuestión de saber cuál es el objeto final de nuestra política, revolución ó simplemente reformas sociales, está íntimamente ligada con la cuestión de la *organización* y de la *propaganda* del proletariado como *partido político* en el *presente momento*.

Si así no fuera, la insistencia en mantener el punto de vista revolucionario, por una parte, sería tan poco explicable, como por otra la violencia de los ataques de los reformistas contra lo que llaman «declaraciones revolucionarias».

Mientras que, por el contrario, se comprende el ardor de las discusiones cuando se vislumbran detrás de la lucha aparente por las fórmulas, la lucha por una cuestión, cuya solución tiene una vital importancia para el Partido Socialista y para la democracia burguesa, es decir, la cuestión de saber si el proletariado debe seguir su lucha de clase como organización política autónoma ó como una fracción de un partido popular que comprende todas las capas de la democracia.

### c) ¿Triunfaremos?

He aquí la pregunta que formula seriamente Bernstein y á la que responde negativamente.

Ya hemos visto que todo partido político que tenga vitalidad debe esforzarse por conquistar el Poder, que no debe contentarse con ser un partido de oposición. Según Bernstein, este principio no puede aplicarse al Partido Socialista. Durante cierto tiempo sólo puede prestar servicios útiles en la oposición.

El proletariado es demasiado débil, dice, para

poder conquistar el Poder tan pronto. Pero si lo consiguiera, sería un mal, porque todavía está poco desarrollado para poder utilizar sus fuerzas convenientemente, y aún no han llegado los tiempos en que debe realizarse el Socialismo.

«¿Hemos alcanzado ya el grado de desarrollo de las fuerzas productivas indispensables para la abolición de clases?»—pregunta Bernstein. La respuesta es muy pesimista.

¿Y los obreros?

«A pesar de los considerables progresos que ha hecho la clase obrera desde el punto de vista intelectual, político y económico desde la fecha en que escribían Marx y Engels, no la considero todavía hoy lo bastante adelantada para manejar el Poder político.»

Bernstein ha tratado ya estas cuestiones en una parte de su obra. Ya hemos tenido ocasión de hablar de las dudas que suscita respecto del desarrollo de la forma de producción moderna, y hemos demostrado que le era imposible indicar con precisión un estado del desarrollo de la producción á partir del cual pudiera declararse á la sociedad preparada para el Socialismo.

La intervención consciente del proletariado en el mecanismo económico debe revestir evidentemente formas muy diferentes en una sociedad en que domina la alta banca y el comercio y en una sociedad en que domina la industria; la soberanía política del proletariado debe producir efectos diferentes en un país de viejo capitalismo y en un país de capitalismo joven; he aquí todo lo que se puede afirmar. Pero sería absurdo querer precisar un término á partir del cual se declarara realizable el Socialismo.

En la última parte de su obra, está Bernstein animado del mismo sentimiento que guía al autor al escribir estas líneas: la necesidad de acabar pronto, puesto que, después de todo, se estaba tan cerca del fin. Por ello no da ningún detalle preciso y se contenta con indicar algunas referencias.

Pero en esto tiene verdadera desgracia.

En la edición alemana se refería Bernstein á tres autores. En la edición francesa sólo se refiere á uno: á Engels. He demostrado que de los tres, uno solo hace una observación hipotéticamente sin ningún fundamento, y que los otros dos declaran absolutamente lo contrario de lo que Bernstein les atribuye. El mismo Bernstein reconoce en una nota de la edición francesa «que quizás ha ido demasiado lejos en el ardor de la discusión». Sin embargo, reproduce las conclusiones que ha deducido de sus premisas y repite también sus citas de F. Engels.

Discutiendo con Pleckhanoff, cita el párrafo siguiente:

«Sólo cuando las fuerzas productivas sociales hayan alcanzado un cierto grado de desarrollo *muy grande, aun para los tiempos actuales*, será posible aumentar hasta tal punto la producción que constituya un progreso real la abolición de las diferencias de clases y que sea duradero sin que produzca una detención ni un retroceso en la forma actual de producción.» «¿Quién es—pregunta Bernstein con aire de triunfo—el filisteo, el sabio que ha escrito esto, señor Pleckhanoff? Nadie más que Federico Engels.»

Esta cita es, en verdad, muy molesta para Pleckhanoff. Pero tiene un pequeño inconveniente para Bernstein: *que es falsa*. Bernstein ó su traductor, hacen hablar á Engels en futuro cuando éste habla

en presente. (Véase el original: *Internationales destem Volksstast*, Berlín, 1894, p. 50.)

Acaso sea la culpa del traductor, pero éste no hubiera cometido semejante error, si Bernstein, al mismo tiempo que el párrafo en cuestión, hubiese citado el párrafo siguiente. Engels discute en esta obra con un ruso que había sostenido que el Socialismo se realizaría antes en Rusia que en la Europa occidental, porque en Rusia no hay burguesía.

A esto contesta Engels que es una condición preliminar del Socialismo cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas. «Sólo entre las manos de la burguesía *han alcanzado* las fuerzas productivas ese grado de desarrollo. La burguesía es, pues, como el proletariado, una condición preliminar *si-ne qua non* para la revolución social.»

Sostiene, pues, Engels que las condiciones económicas indispensables para el triunfo del Socialismo no existen más que en los países capitalistas. Lo mismo asegura en su *Anti-Dühring* (3.<sup>a</sup> edición, pág. 304.)

Bernstein retuerce el sentido de aquel párrafo hasta el punto de decir que Engels afirmaba que las condiciones económicas preliminares del Socialismo no existían todavía.

Yo llamé su atención sobre este punto, lo cual no le impidió mantener en la edición francesa esta alteración del sentido del párrafo de Engels.

Y he aquí el único argumento que presenta en favor de su tesis. Sin embargo, continúa defendiendo con encarnizamiento la tesis de que la victoria del Partido á que pertenece no produciría más que funestas consecuencias.

¡Vaya un socialismo singular!

Bernstein no aporta la menor prueba cuando

afirma que las fuerzas productivas no son todavía suficientes para que puedan ser abolidas las clases sociales, y luego, cuando quiere citar autoridades, estas autoridades declaran contra él.

Pero el grado al que el capitalismo ha llevado el desarrollo de la producción es sólo uno de los factores del Socialismo. Es un cuerpo inanimado mientras un segundo factor no venga á darle vida: un proletariado dotado de fuerza y políticamente preparado.

¿Posee nuestro proletariado estas cualidades en la medida necesaria para apoderarse de las riendas del Estado? ¿Y podemos esperar siquiera que dentro de poco tiempo nazca semejante proletariado?

Bernstein contesta también negativamente á esta pregunta. Se ocupa en su obra dos veces de esta cuestión, como de la cuestión de las condiciones primordiales del Socialismo, una vez hacia la mitad de la obra y otra vez al final.

Pregunta qué es el proletariado moderno, y responde:

«Si bajo este título se comprende á todos los que no disfrutan ninguna renta como propietarios ó por una situación privilegiada, constituyen evidentemente la mayoría absoluta de la población en los países avanzados. Pero entonces este «proletariado» se compone de una mezcla de elementos extraordinariamente heterogéneos y de capas aún más diferentes entre sí que las que componían el «pueblo» de 1879; una multitud que, en tanto subsistan las condiciones actuales de la propiedad, tendrá más intereses comunes ó, por lo menos, análogos que contradictorios, pero que, en cuanto los poseedores y gobernantes actuales hayan sido destituidos ó desposeídos, se darán cuenta muy

pronto de la diversidad de sus necesidades y de sus respectivos intereses.

En estas afirmaciones queda el autor tan por debajo de la verdad como en otras había quedado por encima. Bernstein queda por debajo de la verdad cuando concede apenas que el proletariado forma la mayoría absoluta de la población de los países avanzados.

En el Imperio alemán, en 1895, los no proletarios constituían el 26,84 por 100 del total de personas que vivían de su industria; en 1882, la proporción era de 29,25 por 100. Luego los proletarios suman más del 70 por 100, casi las tres cuartas partes de las personas que ganan su vida. Ya es una buena «mayoría absoluta».

Además, la estadística del Imperio contaba en el número de los no-proletarios no solamente á los capitalistas, los artesanos, los pequeños comerciantes, los grandes propietarios, los aldeanos, sino también los obreros á domicilio, los directores asalariados de empresas (por ejemplo, los directores de Sociedades por acciones), los oficiales, los altos funcionarios, los individuos del clero, el personal de la administración, de la enseñanza, los médicos, los actores, los músicos, los artistas, los secretarios particulares, los hombres de letras. (*Estadística del Imperio alemán*. Nueva serie. Volumen III, p. 62 y 63.)

No necesitamos explicar que entre estos no proletarios hay muchos que no disfrutan de ninguna renta como propietarios ó por una situación privilegiada.

Aquel censo demuestra, ciertamente, que si se quiere hablar de una «mezcla de elementos extraordinariamente heterogéneos», los no proletarios for-

man esa mezcla. Pero aquí Bernstein no quiere considerar más que la disgregación del proletariado y no encuentra expresión bastante fuerte para describirla: es una «mezcla de capas más diferentes entre sí aún que las que constituían el «pueblo» en 1789.»

¡He ahí, en verdad, una afirmación muy atrevida! El proletariado de hoy está compuesto de asalariados: el «pueblo» de 1789 estaba compuesto no sólo de asalariados, sino también de pequeños burgueses, de aldeanos, de vagos, y estos últimos, en el pueblo de entonces, representaban un papel, un papel político, no sin importancia. Y si se quiere interpretar la expresión «el pueblo de 1789» como sinónima del Tercer Estado, será preciso tener en cuenta los capitalistas y los intelectuales. ¡Qué mezcla más abigarrada formaban las gentes que derrocaron la Feudalidad!

¡Y pretende Bernstein que los asalariados de hoy forman capas aún más diferentes que las que componían «el pueblo» de 1789! Y el que hace esta afirmación se burla «de la calma verdaderamente asiática» con que Parvus alista en el ejército del proletariado los 5.600.000 asalariados agrícolas, ¿tendría acaso la pretensión de incluirlos en el ejército de los que disfrutaban rentas como propietarios ó por una situación privilegiada?

Como prueba de los profundos contrastes que ofrece el asalariado, se nos presentan las diferencias notables que existen entre los asalariados de la industria, del comercio, de la agricultura y en el seno de cada una de estas categorías. Ya hemos visto lo que debe pensarse de las divergencias en los Sindicatos. ¿Quién se atreverá á negar que existen divergencias en el seno de los asalariados?

¿Quién no ve que los intereses del dependiente de comercio no son idénticos á los del obrero de la fábrica, y que éstos son diferentes á los de un pastorcillo? ¿Pero se desprenden de estas diferencias oposiciones de intereses que hagan imposible una cooperación duradera en un partido político? Esta es precisamente la cuestión que no aborda Bernstein, porque todos sus argumentos se refieren á las dificultades de una cooperación sindical y no de una cooperación política.

Según Bernstein, ¿la condición primordial para la organización de un partido sería una completa uniformidad de todos los intereses de los miembros del Partido? Entonces, ¿cómo podría constituirse un partido?

Si el proletariado no se encuentra en situación de llegar á ser clase directora á causa de sus diferentes capas, ¿cómo ha podido la burguesía llegar á ser Poder? Fijémonos no tan sólo en las diferencias, sino en los contrastes en el seno de la burguesía: ella está compuesta de capitalistas y de intelectuales. Cada una de estas clases se divide á su vez en innumerables grupos que se pelean frecuentemente con el mayor encarnizamiento: tenemos el capital industrial, el capital comercial, el capital del préstamo y de la alta banca que los devora á todos; fijémonos sólo en el capital industrial, y tenemos las divergencias entre productores y consumidores de primeras materias, etc. Y entre los intelectuales, ¿qué solidaridad puede existir entre el médico y el abogado, el ingeniero y el filólogo?

Y no obstante, todos estos elementos aliados formaban el gran partido liberal. La misma burguesía sólo está ya más dividida que el proletariado; en

vano, pues, se afirma que el proletariado se compone hoy de elementos más diferentes que el pueblo de 1789, que, además del proletariado, comprendía muchas clases.

No sostendría el mismo Bernstein esta afirmación si considerara las cosas con más frialdad. Hasta el mismo proletariado estaba en 1789 más dividido que hoy; entonces existían todavía las divergencias entre obreros miembros de una corporación y obreros no asociados. Los obreros se hallaban mucho más ligados durante toda su vida á la misma ocupación, pues el pase de una ocupación á otra no era tan fácil como hoy.

Si queremos examinar los éxitos del proletariado en las luchas políticas, no debemos solamente poner de relieve en él los puntos que parecen disminuir á muchos sus facultades de combatividad.

Debemos también considerar el otro aspecto del problema. Cuando Bernstein cree encontrar en la «mezcla de capas», en la diversidad de intereses el factor que hace imposible la soberanía política del proletariado, debemos objetarle que la mezcla de las capas, la diversidad de intereses son mucho mayores entre nuestros adversarios, y por ello Marx y Engels protestaron siempre contra la frase «masa reaccionaria».

Precisamente en la unidad de intereses decisivos que representa, es en donde se halla la gran ventaja del Socialismo sobre los partidos burgueses. Es el único de los partidos existentes que sólo necesita apoyarse en una clase, porque ésta constituye la gran mayoría del pueblo.

Cualquier otro partido debe apoyarse sobre clases diferentes, en particular hasta en fracciones del proletariado, si quiere obtener y conservar la

mayoría. El Socialismo es precisamente superior á los demás partidos por su unidad y su cohesión. Y esto contribuye no poco á hacerle fuerte.

Pero si las divergencias que existen en el seno del proletariado fueran suficientes para fraccionar al Partido Socialista y hacerle incapaz para conquistar el Poder, ¿qué sería de él, si á estas divergencias se agregasen otras ensanchando el Partido Socialista hasta el punto de convertir este partido proletario en un partido «de todo el mundo»?

Nadie ha pretendido todavía que el partido proletario sea absolutamente homogéneo. Con demasiada frecuencia en nuestra obra de propaganda encontramos las diferencias que le dividen. En tonces se ve claramente que todas las capas proletarias no son igualmente aptas para comprender las ideas socialistas y la organización política y sindical. Los trabajadores industriales forman la vanguardia, los trabajadores del comercio y sobre todo los de la agricultura se quedan en la retaguardia. No debemos dudar de que no nos atraeremos completamente á estas últimas capas sino con penosos esfuerzos. Pero esto demuestra que el Socialismo no ha llegado todavía á lo último de su misión, cosa que entre nosotros nadie se había figurado; esto no prueba que dicha tarea permanezca por mucho tiempo todavía incumplida.

El desarrollo económico favorece muy eficazmente nuestra propaganda en el sentido de que acrece sobre todo las capas proletarias más asequibles al Socialismo. En las ciudades domina la población industrial, y la preponderancia de las ciudades sobre los campos se nota cada vez más. El siguiente cuadro se refiere al Imperio alemán:

CLASES DE LAS LOCALIDADES	AUMENTO Ó DISMINUCIÓN de la población de 1882 á 1895		Proporción en la población del gru- po considerado y la población total	
	Valor absoluto.	Por ciento.	1882	1895
Ciudades de más de				
100.000 habitantes....	+ 3.703.095	+ 111,29	7,36	13,58
20.000 á 100.000.....	+ 1.228.807	+ 29,52	9,17	10,39
5.000 á 20.000.....	+ 1.379.148	+ 24,22	12,59	13,66
2.000 á 5.000.....	+ 582.738	+ 10,16	12,68	12,20
Ciudades.....	+ 6.893.788	+ 36,47	41,80	49,83
Campos.....	- 345.617	- 1,31	58,20	50,17
Población total.....	+ 6.548.181	+ 14,48	100,00	100,00

Luego desde hoy la ciudad es, por su población, tan fuerte como el campo, abstracción hecha de su superioridad económica, industrial y política.

Mil habitantes del Imperio se clasifican por sus ocupaciones como sigue:

	En el Imperio.		En las ciudades.		En el campo.	
	1882	1895	1882	1895	1882	1895
	Agricultura.....	425,1	357,4	119,3	95,0	644,7
Industria.....	355,1	391,2	509,3	530,0	244,4	253,4
Comercio.....	100,1	115,2	171,6	180,0	48,9	50,9
Otras ocupaciones.....	119,6	136,2	199,8	195,0	62,0	77,7

En todas partes progresa la industria y en las ciudades la mayoría de la población vive de ellas. En el campo progresa á expensas de la agricultura. En las pequeñas localidades es todavía la má-

fuerte. Allí comprende las 571,9 por 100 de los habitantes, y en las grandes ciudades solamente 508,6. En las grandes ciudades, el comercio está más desarrollado que en los demás sitios: comprende el 261,1 por 100 de la población. Sin embargo, ha disminuido en las grandes ciudades desde 1882, en cuya época contaba el 266,1 por 100, mientras que la proporción para la industria ascendía en las grandes ciudades desde 473,4 á 508,6.

Se ve cuánto nos ayudará el desarrollo económico á vencer las dificultades que se oponen á nuestra propaganda.

Pero si Bernstein exagera sin límites aquellas diferencias, trata de aminorar los resultados ya obtenidos de nuestra propaganda. Llama la atención sobre este punto, que habría en Alemania obreros adultos en la industria, 4.500.000 y solamente 2.100.000 electores socialistas.

Aquí compara cantidades inconmensurables: los obreros adultos y los electores. No todo obrero adulto es elector. Entre los 4.500.000 obreros adultos (más exactamente 4.475.653) hay lo menos 624.136 mujeres, que, desgraciadamente, carecen todavía del derecho de sufragio.

En la industria no hay mayores de veinte años más que 3.855.517 obreros del sexo masculino, incluyendo en ellos los empleados. Entre éstos hay 1.603.183 de veinte á treinta años. Podemos admitir que cerca de la mitad no tengan veinticinco años. Luego, en vez de 4.500.000 electores entre los obreros, sólo tenemos 3 millones. Además, no es justo considerar como enemigos del Socialismo á los electores que se han abstenido. Si admitimos que el número de abstenciones en la clase obrera ha sido tan grande como en el resto de la pobla-

ción, *encontraremos entonces que el número de votos obtenidos por el Partido Socialista alemán y el número de obreros industriales que votaron coinciden casi exactamente.* La hostilidad que el Partido Socialista encuentra todavía en ciertas capas, principalmente entre los obreros católicos, está compensada por los refuerzos que nos llegan de otras capas proletarias.

Cuando Bernstein afirma que: *«Más de la mitad de los obreros industriales de Alemania son todavía, frente a la Democracia Socialista, ó indiferentes é incomprensivos, ó francamente hostiles»*, ese pesimismo se basa, afortunadamente, en un error de cálculo, error que recuerda el que comete algunas páginas antes, cuando habla de más de un centenar de miles de empresas que ocupan más de 20 personas, á las que un régimen socialista tendría que nacionalizar, problema muy difícil de resolver. Hemos visto que el número de aquellas industrias no se eleva en todo el Imperio á 49.000.

Cuando el Partido Socialista alemán dirige una mirada sobre los resultados obtenidos en las elecciones, no tiene el menor motivo para considerar las cosas con pesimismo. Un partido que hace treinta años era absolutamente nulo y es hoy el más fuerte del Imperio; un partido que se recluta ya en las tres cuartas partes de la nación y mañana en una fracción siempre creciente; que no necesitando estar sostenido más que por una sola gran clase, posee una homogeneidad y una unidad de que no es capaz ningún otro partido, y que en su propaganda y en su organización es ayudado poderosamente por el desarrollo económico, semejante partido no necesita retrasar el momento de llegar al Poder hasta un porvenir tan lejano,

que en la práctica se puede considerar inapreciable.

Este partido, que en el transcurso de treinta años se ha hecho el más fuerte de los partidos políticos, puede en el transcurso de otros treinta años conseguir el Poder si no lo consigue antes.

Si, quizás antes. ¿Pero no es ese el mayor peligro para el Partido Socialista? Si mañana se encargara de la dirección de los asuntos, ¿no estaría condenado á fracasar lastimosamente? Bernstein no cree que la clase obrera está bastante educada para encargarse del Poder político. *«Sólo los literatos que jamás hayan vivido en el verdadero movimiento obrero, podrán tener opinión diferente... Hemos de tomar á los obreros como son. Y no están ni tan sumidos en el pauperismo como preveía el Manifiesto comunista, ni tan exento de prejuicios y de defectos como querrian hacernos creer sus aduladores.»*

Estas frases nada dejan que desear desde el punto de vista de la energía. Desgraciadamente, no estoy en situación de contestar de una manera tan perentoria.

Ante todo, debo confesar con vergüenza que hasta que leí la obra de Bernstein jamás había pensado en la catástrofe que nos amenaza si conseguimos el Poder en seguida. El temor de que mañana podríamos despertar siendo dictadores en Alemania, fué siempre la menor de mis preocupaciones.

Ni aun ahora que Bernstein me ha hecho reflexionar sobre este asunto, puedo, á pesar de mis esfuerzos, llegar á emitir un juicio irrevocable y sólo puedo emitir presunciones. Desgraciadamente, no nos hallamos todavía en condiciones para poder someter á las diferentes clases á un examen de capacidad y extender ó negar, según los ca-

sos, certificación de capacidad política y de aptitud gubernamental. El único examen cuyo certificado tiene valor en la historia, es la práctica, la experiencia.

No tenemos, es verdad, ninguna garantía de que el Partido Socialista podría mantenerse en posesión del poder, si mañana lo consiguiera merced á un súbito huracán político. Quizás pronto ó tarde se le escaparían las riendas del Estado ó le serían arrancadas, como sucedió á las clases democráticas cuando la revolución inglesa del siglo XVII y cuando la revolución francesa. Pero ¿qué remedio preventivo hay contra la victoria prematura? No hay más que uno: la disolución del Partido Socialista. Un partido, si existe, debe de luchar, y luchar significa combatir por la victoria. Y el que combate por la victoria, debe contar siempre con la eventualidad de que puede ser vencedor.

Si queremos, pues, estar seguros de que el Poder no se nos escapará por un triunfo prematuro, no tenemos nada que hacer sino echarnos á dormir.

Esto tampoco lo aceptaría el mismo Bernstein, y por ello una triste fatalidad nos obliga á continuar la lucha bajo el peso de la abrumadora inquietud de que bien podríamos ver nuestra victoria antes de morirnos. ¿Pero está realmente el proletariado tan lejos de la madurez política, que únicamente los literatos que no conocen á los obreros pueden tener otra opinión? ¿Qué pruebas presenta Bernstein?

En primer lugar, todos los obreros con quien ha hablado son de la misma manera de pensar. Esto prueba, sencillamente, que son modestos y que exageran la sabiduría con que está gobernado el mundo.

En segundo lugar, los obreros no están tan exen-

tos de prejuicios y de defectos como sus aduladores quisieran hacernos creer. Para que no se sospeche de mí, me apresuro á declarar que en este punto estoy completamente de acuerdo con Bernstein. Pero aquí no se trata de un premio á la virtud, se trata de la madurez política. ¿Pretenderá Bernstein que las clases directoras de hoy están «tan exentas de prejuicios y de defectos»?

No hemos de juzgar á los proletarios con arreglo á un ideal cualquiera de perfección: sólo tenemos que compararlos con las otras clases. ¿Será tan desfavorable esta comparación á la clase obrera?

Por otra parte, si realmente el proletariado estuviese todavía tan lejos de la madurez política, se deducirían de ese hecho consecuencias bastante desagradables para Bernstein.

Aun el que no quiera hacer la corte á los obreros, concederá que ya hoy son superiores políticamente á las demás grandes capas democráticas de la sociedad, á los pequeños burgueses, á los pequeños agricultores. Si á pesar de esta superioridad, son incapaces aún de gobernar, aquellas dos clases también lo son. Pero, entonces, ¿cómo se arregla la democracia, adónde va á parar el *self-gouvernement*, si es incapaz de ejercerlo la gran masa del pueblo?

Si Bernstein tiene razón, no tan sólo la soberanía del proletariado, sino también la soberanía del sufragio universal es un contrasentido.

¡Acábase, pues, la democracia, que la burguesía monopolice el Poder para asegurar el progreso de la civilización, y constrúyase pronto la muralla del censo electoral contra los vándalos modernos!

No para siempre, naturalmente, sino sólo hasta el día en que el proletariado haya adquirido

la madurez necesaria. Una promesa parecida es la que siempre han hecho los enemigos del sufragio universal.

Una democracia progresista no es ya posible en un país industrial sino en tanto que es democracia proletaria. De ahí la decadencia de la democracia burguesa.

Cuando el tema de la dominación del proletariado se apodera de la democracia burguesa, renuncia ésta á sus ideas democráticas de otros tiempos. Si tienen interés en conservar la democracia progresista, deben familiarizarse con la idea de la soberanía del proletariado. Es derribar con la mano izquierda lo que con la derecha se edifica, propalar el temor de la supremacía del proletariado cuando se quiere mantener ó extender los derechos políticos de las clases populares. La idea democrática no puede adquirir nueva potencia propagandista más que admitiendo la necesidad de la soberanía del proletariado, lo mismo que su madurez política.

Si se compara ahora el proletariado, no con un patrón ideal, sino con las otras clases, se verá que sus aptitudes políticas pueden sostener ventajosamente la comparación, no sólo con las de los pequeños burgueses y de los pequeños agricultores, sino también con las de la burguesía.

Examinemos los Parlamentos, los Municipios, las Cajas de socorros mutuos donde dominan exclusivamente la burguesía y sus empleados: sólo en contraremos en ellos estancamientos, corrupción, impotencia. En cuanto penetra allí el Socialismo, se inicia una nueva vida: lleva la iniciativa, la honradez, la fuerza y los principios, y por su concurrencia regenera hasta á sus adversarios. En to-

das las posiciones importantes de que se ha apoderado el Partido Socialista en los últimos diez ó veinte años, ha sabido sostenerse, ha sabido mostrarse superior á sus adversarios en actividad útil y efectiva. En toda organización cuya dirección conquistó, se mantuvo á la altura de las circunstancias. Que nos muestre Bernstein un solo caso en que el Partido Socialista no ha estado á la altura de su misión política.—Y eso es lo que ha podido hacer solo, reducido á sus propios recursos, el partido de los pobres y de los ignorantes. ¿Qué motivos tenemos para creer que fracasaría forzosamente si tuviera á su disposición todo el poder económico é intelectual del Estado?

A decir verdad, cree Bernstein que podemos felicitarnos «de la gran suma de inteligencia, de abnegación y de actividad que el movimiento obrero moderno ha revelado en parte y en parte engendrado; pero—añade—no hagamos recaer, sin discernimiento, sobre la masa, sobre los millones, lo que sin contradicción puede decirse de los escogidos, de algunos cientos de miles.»

Pero hagamos notar que nunca se ha visto que la totalidad de los miembros de una clase tome parte en las luchas sociales. Por doquiera sólo hallamos combatiendo en primera fila unos cuantos escogidos cuyas aptitudes políticas atestiguan el grado de madurez del Partido. En todas las clases la masa sigue en parte á los escogidos, sin dar pruebas de iniciativa, y en parte se abstienen de tomar parte en el combate. La soberanía política del proletariado no significa, pues, en realidad, más que la soberanía de sus escogidos, como ocurre en la burguesía, en la nobleza, en toda clase directora. Y no hay que aguardar á que el Partido Socialis-

ta llegue al Poder antes de que aquellos escogidos, unidos á las masas que les siguen, se hayan hecho bastante fuertes para conquistarlo.

No, no tenemos ninguna razón para admitir que el Partido Socialista fracasaría totalmente si mañana acontecimientos que es imposible prever, y que no son probables, le dieran la mayoría del Parlamento en uno de los países avanzados de Europa y le llevaran al Poder.

¿Y qué significa la palabra *fracasar*? No se han realizado todos los progresos de la burguesía en las revoluciones que, en apariencia, han fracasado, desde la revolución de Inglaterra á mediados del siglo XVII hasta la revolución europea de mediados del siglo XIX? Realmente, la burguesía no ha podido conservar el monopolio del Poder en ninguna de estas revoluciones. Y, sin embargo, cada una produjo un poderoso movimiento de avance; cada una hizo caer un buen número de instituciones caducas, que no pudieron después ser reedificadas; cada revolución abrió tantas nuevas vías á la evolución social, que, después de su fracaso aparente, dejó la sociedad en un grado más elevado de desarrollo. Habrá alguien capaz de lamentar que se verificara una sola de aquellas revoluciones «prematuros, fracasadas»? ¿Y puede imaginarse que una de estas revoluciones haya podido ser aplazada hasta el momento en que las clases democráticas tuvieran más madurez política?

Pero si es absurdo hablar del aplazamiento de un acontecimiento histórico, ¿qué significan los lamentos de Casandra con motivo de la falta de madurez política del proletariado?

No somos nosotros los que dirigimos la evolución histórica. Depende de factores mucho más po-

derosos que los partidos y sus deseos. La evolución del proletariado está bastante adelantada para que se encargue aquél del Poder? ¿Tendrá las aptitudes políticas necesarias el día en que conquiste el Poder? ¿Estará entonces á la altura de la inmensa tarea que le será confiada? ¿Serán interrumpidas sus victorias por derrotas? ¿Será lenta ó rápida la evolución política próxima? ¿Quién podrá contestar á estas preguntas? Pero entonces, si no se puede contestar á estas preguntas, ¿para qué sutilizar acerca de la madurez del proletariado? No es sospechando de los que no proclamen en tono perentorio la impotencia del proletariado, como se elevará el nivel de éste.

Nuestro deber no consiste en descorazonar al proletariado en medio del combate, denigrando, sin razón, sus facultades políticas. Consiste, por el contrario, en pedir todo lo posible á las facultades políticas del proletariado y por consecuencia en trabajar con ahinco para aumentarlas de suerte que siempre su facultad productora llegue al más alto grado.

Para cumplir esta misión, no sólo tenemos que organizar el proletariado y ayudarle á obtener las mejores condiciones de vida y de trabajo. Debemos, además, procurar que el proletariado extienda su mirada más allá del círculo de sus intereses profesionales del momento, y que reconozca la gran conexión entre todos los intereses de los proletarios y los intereses de la sociedad en general. Debemos, también, por la altura del objeto que se persigue, elevarle á una vida intelectual más alta, colocarle por encima de la tarea diaria indispensable y que la vida exige bastante imperiosamente ella sola sin que sea necesario insistir más.

Veamos para que la micromanía no degrade al proletariado y su objeto, para que una política al día no ocupe el lugar de una política inspirada en principios y previsor; veamos, en una palabra, para que la insubstancial banalidad no acabe con el idealismo, para que el proletariado tenga siempre consciencia de la gran misión histórica que le está encomendada.

Si desplegamos todas nuestras fuerzas en este sentido, habremos cumplido nuestro deber de socialistas: el éxito de nuestro trabajo depende de factores de que no disponemos.

FIN

## INDICE

	Págs.
Anteportada.....	1
Portada.....	3
Propiedad.....	4
Nota preliminar.....	5
Introducción.....	11
I EL MÉTODO:	
a) Concepción materialista de la Historia.....	25
b) La dialéctica.....	52
c) El valor.....	78
II EL PROGRAMA:	
a) La teoría del derrumbamiento.....	93
b) Explotación grande y pequeña.....	106
c) Aumento del número de poseedores.....	160
d) Las Sociedades anónimas.....	192
e) Consumo de la supervalía.....	203
f) La teoría del crecimiento de la miseria.....	221
g) La nueva clase media.....	244
h) La teoría de las crisis.....	256
i) El programa socialista.....	285
III LA TÁCTICA:	
a) Lucha política y lucha económica.....	297
b) Nuestra política, ¿será independiente ó no?....	308
c) ¿Triunfaremos?.....	336